

El abrigo de aire

Ensayos sobre literatura cubana

Mónica Bernabé

Antonio José Ponte

Marcela Zanin

BEATRIZ VITERBO EDITORA

Índice

- Susana Zanetti, *Unas pocas palabras* .. 7
- Antonio José Ponte, *El libro perdido de los origenistas* .. 11
- Mónica Bernabé, *El cielo del paladar* .. 23
- Marcela Zanin, *Un mundo sin calificativos: Virgilio Piñera y la ficción* .. 39
- Mónica Bernabé, *Martí en la familia de Orígenes* .. 57
- Antonio José Ponte, *El abrigo de aire* .. 73
- Marcela Zanin, *El género funesto* .. 85
- Mónica Bernabé, *“Todavía tiene oficio la palabra” (José Martí, la obra, la política, la poética)* .. 103

Unas pocas palabras

Susana Zanetti

*Yo pienso, cuando me alegro
Como un escolar sencillo,
En el canario amarillo,
¡Que tiene el ojo tan negro!*

*Yo quiero, cuando me muera,
Sin patria, pero sin amo,
Tener en mi losa un ramo
De flores, ¡y una bandera!*

El poema XXV de *Versos sencillos* echa a andar de nuevo un universo de significaciones encontradas, que no hilan bien, a veces aparentemente caprichosas, signos de una fragmentación de ese pequeño libro de poemas tan acuciado por disolver fracturas que una crítica quizás demasiado obediente al mandato martiano no ha dejado de suturar desde distintos ángulos. Como ese sobretodo exiliado del museo para hacerse cargo de su función, la de proteger del frío, con el cual inicia su reflexión de “heredero” Antonio José Ponte cuando apenas se ha acallado el centenario de la muerte en combate del prócer, el padre de la patria y de la literatura cubana; como ese sobretodo, entonces, los trabajos reunidos en este libro intentan volver sus pasos abrigando otros recorridos posibles. Uno de ellos es preguntarse sobre la productividad de los textos martianos, tratar de horadar la totalidad de la Obra desligándola de la presión de la biografía según caminos ya muy transitados. Otro, no deja de atender a las redes que ese emblema ha tendido en la construcción de una literatura nacional —aunque haya sido y sea tarea ímproba separarlo de la construcción de la nación y, desde aquí, de la misma América Latina.

Los artículos que enseguida vamos a leer agitan las mansas aguas del emblema, volviéndolo hacia la productividad de los textos martianos y las redes en las cuales se entrecruzan, en algunos casos a través de las polémicas los conflictos.

Antonio José Ponte, en “El abrigo de aire”, argumenta para quebrar el “claustro de mármol” que aprisiona la lectura de Martí, recorriendo y recordando anécdotas, referencias míticas ya y configuraciones de Martí mismo, sin obviar la broma y el choteo, pero cuidando dejarnos en el umbral de ese otro acceso, el de sus diferentes textos, confiado en que se atienda a su reclamo de fisurarlos para que “salga de allí sólo lo que esté vivo”. Escribo con cautela la palabra confiado, pero la escribo porque el reclamo levanta su voz irritada contra el enmudecimiento que acuna el tranquilo silencio de los muertos. Y este es un muerto para mí muy querido.

“Lo que esté vivo”, ¿lo que no abruma con su pérdida esa fábula que amarra las posibilidades de paliar la cadena de libros, de poemas, perdidos como esa página arrancada del último diario de Martí, que pone en escena Lezama Lima? Y estamos ahora en “El libro perdido de los origenistas”, también de Antonio José Ponte, donde afronta las preocupaciones del grupo sobre el sentido de la historia y de las esencias mismas que sustentan la cubanidad, religando imaginerías de *Paradiso* y *Oppiano Licario* de Lezama Lima, de “Historia de un inmortal” de Eliseo Diego con las continuidades que en *Ese sol del mundo moral* Cintio Vitier construye válido de la figura de Martí para conjurar el riesgo del hueco, el vacío amenazante.

Con estos trabajos del cubano Ponte dialogan a la distancia, desde otro lugar, Mónica Bernabé y Marcela Zanin. Muy al sur, y desde el trabajo de cátedra en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, es decir, desde las clases de Literatura Latinoamericana y de la investigación académica. Un circuito institucional muchas veces considerado, erróneamente considerado, como de ventanas entornadas, circulando al margen de las discusiones, de los conflictos y de las tensiones que atraviesan la entera vida social, y allí, las significaciones de la literatura y la cultura.

Marcela Zanin (empecemos por ella para seguir rompiendo el anodino ordenamiento del abecedario y del género sexual que ha impuesto la deferencia hacia el invitado Antonio José Ponte) no cesa de hacerse preguntas, de interrogar a la única novela de Martí en el artículo “El género funesto”. Esquiva las respuestas, atrae con los meandros de sus planteos la ambigüedad de las construcciones de identidad, de identidad de género sexual y de identidad de géneros literarios, disolviendo su armadura en esos deslizamientos por la narración de Martí y por las concepciones estéticas e ideológicas de finales del XIX. Sabe lo que Virgilio Piñera ha dicho de esta novela pero sus intereses la vuelven productiva. Anoto esto porque el tema de su siguiente trabajo es “Un mundo sin calificativos: Virgilio Piñera y la ficción”, en el cual regresa de algún modo a la preocupación sobre cuestiones de género, de género literario aquí, punto de partida de la polémica entre Piñera y Vitier sobre poesía y narración, emergencia de cuestiones que comprometen la esencia de lo cubano, con el fin de avanzar en el análisis de la singular escritura del autor de Cuentos fríos o de El que vino a salvarme, entre otras obras de este cubano que interesa cada vez con mayor ímpetu a los lectores y a la crítica latinoamericanos.

Mónica Bernabé se ajusta al mismo movimiento si atendemos a los autores analizados. De nuevo Martí, Lezama, Piñera... “Todavía tiene oficio la palabra’. José Martí, la obra, la política, la poética” vuelve a revisar cuestiones que están en la base, podríamos decir que son fundantes y fundamentales, en toda mirada crítica sobre el cubano para interrogar los enlaces complejos, y conflictivos, entre textos, entre lo textual y lo extratextual, evitando el aplanamiento unificador, derivando su análisis hacia problemas de otra envergadura, de otra dimensión, como son los que engarzan poesía y muerte. En “El cielo en el paladar” parte del recuerdo de las tertulias habaneras de los setenta, con su previsible ritual de lecturas en voz alta de la producción nueva y el inesperado olorcito de los spaghetti cocinados por Virgilio Piñera. Manjares y sabores reales o fantaseados por los regodeos de la lengua (el cuerpo y el lenguaje), por su presencia o carencia, encaminan las reflexiones del artículo hacia los cuerpos y hacia las

tradiciones que se anudan o se contraponen al ritmo del contrapunteo entre el banquete barroco de Lezama Lima y la mesa servida con la nada de Piñera, nuevamente en la apelación a la construcción de una cultura, a las incorporaciones, las transmutaciones capaces de colmar sentimientos de vacío. “Lo que está vivo” entrevistado regresa con Antonio José Ponte y los modos de procesar el legado recibido de los origenistas, saboreado en su libro *Las comidas profundas*. Siempre es saludable cerrar una charla, ésta, con un bocado.